

Antón Arrufat

TEATRO ESCOGIDO

EDICIÓN HOMENAJE, REVISADA POR EL AUTOR,
AL CUIDADO DE ERNESTO FUNDORA



De la presente edición, 2018:

- © Antón Arrufat
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Selección y edición: Editorial Hypermedia
Diseño de colección y portada: Editorial Hypermedia Inc.
Corrección y maquetación: Hypermedia Servicios Editoriales S.L.

ISBN: 978-1-948517-36-2

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

EL CASO SE INVESTIGA

PERSONAJES

INSPECTOR

EULALIA

AMELIA

EUGENIA

VOCES

ACTO ÚNICO

Una saleta. Puerta vidriera al fondo. Se ve parte de patio. Muebles coloniales de mimbre. Mesa de caté con tres sillas. Sofá. Un radio viejo. Plantas. El Inspector y Eulalia. El Inspector lleva un traje a rayas y escarpines. Apunta de cuando en cuando en una libretica negra. Usa lentes. Eulalia viste una bata blanca de encajes. Tiene un abanico de guano. Se encuentran sentados uno frente al otro.

INSPECTOR. Y bien, señora Eulalia, quisiera hacerle algunas preguntas que considero importantes...

EULALIA. *(Tosiendo)*. Usted dirá. Lo escucho con mucho interés.

INSPECTOR. Prefiero la fidelidad. En estos casos es decisiva. No debemos olvidar un detalle. ¡No omita uno solo!

EULALIA. *(Tose)*. Le diré todo lo que sé.

INSPECTOR. Me encanta tratar con personas tan razonables. Así ayudará usted al esclarecimiento del crimen. A que reine la justicia.

EULALIA. ¿La justicia reina? Nunca le he visto la corona.

INSPECTOR. Es un decir, señora Eulalia. Todos sabemos que la justicia no reina.

EULALIA. ¿Qué hace entonces la justicia?

INSPECTOR. Bueno... Francamente... No obstante, como se dice... La justicia, señora Eulalia...

EULALIA. La justicia es la justicia.

INSPECTOR. Usted lo ha dicho. Nunca oí definición más exacta.

EULALIA. Toda definición es una definición. Por ejemplo, define la guanábana por la guanábana. Primero toma la guanábana y después la define.

INSPECTOR. ¿Pero quién se atrevería a definir una guanábana?

EULALIA. Es complicadísimo. Dejemos las definiciones y comámonos las guanábanas. ¿Le gustan las guanábanas?

INSPECTOR. (*Riéndose*). Mucho.

EULALIA. A propósito, ayer por la mañana el frutero me trajo unas magníficas. No hay como comerse una guanábana. No nos compromete en nada. ¿Quiere probarlas, Inspector?

INSPECTOR. Es usted muy atenta, pero no me gusta la guanábana por la mañana. Pasemos al interrogatorio. (*Se le cae la libreta y la recoge*).

EULALIA. Es cierto, el interrogatorio. Se le olvidan a uno tantas cosas. Pregúnteme. No tenga pena.

INSPECTOR. No soy penoso, soy Inspector. Comprendo. Es un asunto desagradable. Le pido disculpas.

Pasa Amelia por el fondo de la escena. Traje de soirée 1920. Música de fanfarria.

EULALIA. (*Inclinándose como para no ser escuchada*). Es sorda.

INSPECTOR. ¿Quién es?

EULALIA. Mi hermana Amelia.

INSPECTOR. ¿Sorda...? Qué lástima. Tendré que profanar la intimidad de su casa.

EULALIA. ¡Es terrible! Inspector, ¿cree que la vida privada...?

INSPECTOR. Bueno, cuando hay que interrogar...

EULALIA. Es profanable. Interrógueme.

INSPECTOR. A sus órdenes. ¿A qué hora descubrió el crimen?

EULALIA. ¿El cuerpo de mi esposo?

INSPECTOR. El cuerpo de su esposo.

EULALIA. Eran las cinco y tres minutos de la madrugada.

INSPECTOR. ¿Dónde estaba usted a esa hora?

EULALIA. Paseando por el jardín. Soy asmática.

INSPECTOR. ¿Cuántas personas viven en la casa?

EULALIA. Mi hermana, la criada y yo.

INSPECTOR. ¿Estaban todos presentes a esa hora?

EULALIA. ¿Presentes...?

INSPECTOR. En la casa.

EULALIA. Sí, señor Inspector. El jardinero también estaba *presente*.

INSPECTOR. ¿Dónde vive ese jardinero?

EULALIA. Tiene una habitación en el jardín.

INSPECTOR. ¿Qué edad tiene el jardinero?

EULALIA. La ignoro. No se atreva a preguntarme la mía.

INSPECTOR. Uno tiene la edad que representa. (*Observándola*). Cuarenta años... Más o menos.

EULALIA. Gracias. ¡Sesenta!

INSPECTOR. Me equivoqué. ¿Esta casa es suya?

EULALIA. Era de mi esposo.

INSPECTOR. Por tanto ahora es suya.

EULALIA. Se supone.

INSPECTOR. ¿Ustedes no tuvieron hijos?

EULALIA. No, señor. Mi marido era muy responsable.

INSPECTOR. ¿Qué entiende por responsable?

EULALIA. El que es responsable.

INSPECTOR. Entonces su marido era un ser responsable.

EULALIA. Mi marido se llamaba Fernando. Siempre decía: «Soy Fernando Ramírez».

Pasa Amelia por el fondo de la escena. La misma música. Eulalia repite su movimiento anterior y, cuando se dispone a hablar, el Inspector la interrumpe.

INSPECTOR. Su hermana Amelia, y sorda. ¿Cree que su esposo murió envenenado?

EULALIA. Mi esposo fue asesinado.

INSPECTOR. ¿Sospecha de alguien?

EULALIA. Veo desde aquí al jardinero regando el rosal de Amelia.

INSPECTOR. Entre nosotros, ¿sospecha del jardinero?

EULALIA. Parece que va a llover.

INSPECTOR. Claramente. Aquí se ha cometido un crimen. Un asesinato. (*Se pasea.*)

EULALIA. Mi esposo fue asesinado.

INSPECTOR. ¿Qué hacía usted en el patio a esas altas horas?

EULALIA. No puedo dormir, señor Inspector.

INSPECTOR. Pues yo duermo plácidamente.

EULALIA. Ah, si yo pudiera.

INSPECTOR. Tome un poco de agua con azúcar antes de acostarse ¡y cierre los ojos!

EULALIA. ¿Cree que es un buen remedio?

INSPECTOR. El que quiere dormir, duerme.

EULALIA. Qué sabio es usted.

El Inspector sorprende a Eugenia asomando la cabeza por la puerta vidriera con una antigua cámara fotográfica de fuelle.

EUGENIA. ¿Cómo se cocinan los frijoles?

EULALIA. (*Ademán imperioso para que se retire*). El Inspector se quedará a almorzar.

INSPECTOR. Qué hospitalidad. (*Desaparece Eugenia*).

EULALIA. Espero que le guste el almuerzo. Comeremos frijoles negros, arroz blanco, costilla de puerco y un vaso de agua. Se va a chupar los dedos.

INSPECTOR. Tendré que lavármelos. Es usted la amabilidad en dos pies. Hace un momento me dijo que paseaba por el jardín.

EULALIA. ¿Quiere que se lo repita?

INSPECTOR. No hace falta. Lo tengo aquí. (*Señala la libretica*). Supongo que sería usted la última persona que lo vio. ¿Es cierto?

EULALIA. Eso creo.

INSPECTOR. ¿No está segura?

EULALIA. (*Mueve la cabeza dubitativa*).

INSPECTOR. (*También la mueve y observa el movimiento de ella*). ¡Exacto! Dígame ahora qué sucedió esa noche.

EULALIA. (*Con emoción*). «Era la noche de los recuerdos».

INSPECTOR. Ah, la noche de los recuerdos.

EULALIA. ¿La conoce usted?

INSPECTOR. ¡No! ¿Por qué me lo pregunta?

EULALIA. Juraría que la conocía...

INSPECTOR. Ni una palabra. ¡Lo juro! (*Se besa la mano*). Pero cuénteme, señora Eulalia. Estoy interesadísimo. ¿Qué pasó esa noche?

EULALIA. Escuche. Una vez por semana Fernando recordaba algo de su vida. Tenía en un armario clasificados los días. En cada gaveta guardaba las cajitas con los recuerdos. Eran más bien... cofres. Entonces yo, la noche de los recuerdos, se las iba entregando. Él las destapaba, leía la tarjeta que indicaba el hecho y sonreía. Entonces comenzaba a contar el recuerdo. Oíamos en suspenso, detenida la rueda...

INSPECTOR. ¿Qué rueda?

EULALIA. La del tiempo. (*Reanuda el relato*). Oíamos en suspenso, detenida la rueda del tiempo. Qué placer. Había cofres con recuerdos de fiestas, perfumes, paseos, tardes hermosas, vergüenzas, pensamientos, noviazgos...

INSPECTOR. Muy interesante. Estoy conmovido. Pero observo que su esposo...

AMELIA. Querida hermana, es hora de tomar el café. ¿Quiere acompañarnos, señor Inspector?

INSPECTOR. Encantado. ¿Cómo supo usted que soy el Inspector?

AMELIA. Hay un muerto en la casa, por tanto, debe haber un inspector. Es un razonamiento geométrico.

INSPECTOR. ¿Pero me oye usted?

AMELIA. Perfectamente.

INSPECTOR. ¿No es sorda?

AMELIA. Soy sorda de siete a once de la mañana.

Un locutor dice en el radio: «Las once en punto». El Inspector consulta su reloj de bolsillo.

EULALIA. *(Se levanta)*. Hermana, el señor es el Inspector. Viene a investigar la muerte de tu cuñado. Señor, mi hermana Amelia.

INSPECTOR. Es un placer.

AMELIA. El gusto es mío. *(Extiende la mano. El Inspector la besa)*.

INSPECTOR. Necesito hacerle algunas preguntas.

AMELIA. Primero tomaremos el café. ¿No le parece?

INSPECTOR. Sí, me parece.

EULALIA. Es tan agradable conversar tomando café.

AMELIA. Podemos sentarnos.

Se sientan alrededor de la mesita. Amelia toca la campanilla. Entra Eugenia. Traje negro, delantal y cofia, el servicio en una bandeja.

EUGENIA. El café es de ayer. *(Sale rápida)*.

AMELIA. Hoy te toca servirlo.

EULALIA. *(Saca un pequeño calendario)*. Sin duda, es martes. *(Guarda el calendario)*. ¿Le gusta con azúcar?

INSPECTOR. Una cucharadita.

Eulalia le sirve. El Inspector revuelve el café.

EULALIA. De un tiempo a esta parte todo se me olvida. Amelia, ¿has notado que estoy perdiendo la memoria? *(Se sirve)*.

AMELIA. *(Solemne)*. Un ser sin memoria es un ser que vive al día.

EULALIA. Debo cuidarme.

AMELIA. Puedes convertirte en un fantasma. *(Se sirve)*.

INSPECTOR. ¿Y eso de que está perdiendo la memoria?

EULALIA. No sé. La estoy perdiendo,

AMELIA. Qué hermoso es mi rosal.

EULALIA. Si Fernando pudiera verlo.

AMELIA. Ya no puede verlo.

EULALIA. Le gustaban tanto las flores. Nos sentábamos por las tardes en el patio. Se sentía tan bien, tan tranquilo, sentado. A veces tomábamos el café de la tarde en el patio.

INSPECTOR. Un momento. Dejé mi libreta en la silla. *(Se levanta y la recoge. Las hermanas secretean. Vuelve a sentarse)*. Debo llevar nota de todo. No olvidar un detallito. Por el hilo se saca el ovillo.

EULALIA. ¿Eso tiene que ver con la costura, no?

AMELIA. *(Muy seria)*. Tiene que ver con las flores.

INSPECTOR. Continúen. Continúen. Las escucho, y anoto.

AMELIA. Empecemos de nuevo. Qué hermoso es mi rosal.

EULALIA. Si Fernando pudiera verlo.

INSPECTOR. *(Impaciente, a Amelia)*. Luego iré a verlo.

EULALIA. *(Aterrada)*. ¿A quién...?

INSPECTOR. Al rosal.

AMELIA. Tendré mucho gusto en mostrárselo.

INSPECTOR. Un ruego. No pierda la memoria. ¿Por qué le gustaba a su marido sentarse en el patio por las tardes? ¿Estaba enfermo?

EULALIA. No lo sé. Nunca me lo dijo. Le gustaban las flores.

AMELIA. ¿A quién...?

EULALIA. Chica, a Fernando.

AMELIA. Ah, sí.

INSPECTOR. ¿En qué pensaba?

AMELIA. Le diré: no pensaba en nada. Me aburría.

EULALIA. Pobre Fernando.

INSPECTOR. Comparto su dolor. *(Se pone de pie y le estrecha la mano)*.

EULALIA. ¡Nunca más podrá verlas. Son tan hermosas. Y siguen naciendo...

INSPECTOR. ¿Se aburre mucho?

AMELIA. Enormemente.

INSPECTOR. ¿No sospecha de nadie?

AMELIA. De la criada.

INSPECTOR. Ah, vamos teniendo una pista. *(Se frota las manos)*. Dígame, dígame.

AMELIA. Creo que nos roba.

INSPECTOR. Pero se trata de un crimen.

EULALIA. Chica, hace años que nos roba.

AMELIA. Por lo visto no tenemos ya nada que decirnos.

EULALIA. Hemos agotado las sorpresas.

AMELIA. No nos queda nada. Fernando está muerto. ¿Qué va a ser de nosotras?

EULALIA. Aburrirnos.

AMELIA. Señor Inspector, ¿no cree todo aburridísimo?

INSPECTOR. No creo.

EULALIA. ¿Tiene un crimen cada día?

INSPECTOR. Casi todos. En estos tiempos la gente mata bastante.

AMELIA. Entonces es muy aburrido.

INSPECTOR. No lo crea. Pues todos los crímenes no son iguales.

AMELIA. Por favor, la muerte siempre es la misma.

INSPECTOR. Pero no sus formas.

EULALIA. ¿Se engaña usted con las formas?

AMELIA. (*Solemne*). Las formas son las formas.

INSPECTOR. Cada crimen tiene algo interesante y particular.

EULALIA. Un muerto tiene siempre la boca abierta.

AMELIA. El jardinero está más gordo. ¿Se robará la comida? Esta casa está llena de ladrones.

INSPECTOR. (*Ríe*). Ahí tienen un caso particular, una variante producida por la forma.

AMELIA. Pero sigue siendo el mismo jardinero.

EULALIA. El año pasado engordó también por esta fecha. ¿No, Amelia?

AMELIA. Todos los años engorda por esta fecha.

INSPECTOR. Quizá mi ejemplo no fue feliz. Sin embargo, mi experiencia me dice...

AMELIA. Que las formas son las formas.

EULALIA. Soy asmática.

AMELIA. Qué hermoso es mi rosal.

EULALIA. ¿No lo ve? El rosal hermoso, yo asmática, usted un inspector: todo es lo mismo.

INSPECTOR. Disiento. Usted no es el rosal.

AMELIA. Mi hermana fue hermosa.

INSPECTOR. El rosal no es asmático.

EULALIA. El jardinero insiste en que el rosal es asmático. Le va muy bien el sol.

INSPECTOR. Yo soy inspector y usted no lo es.

AMELIA. Eulalia, ¿tú no eres inspector?

EULALIA. A veces creo que no y otras que sí. Al fin encontramos una sorpresa: ¡yo no soy inspector!

AMELIA. Podrías serlo en cualquier momento.

EULALIA. No seas tan pesimista. Hay que aprender a estar alegre.

AMELIA. Hemos terminado. (*Se levanta*). Ha terminado el tiempo de tomar el café.

Se levantan. Toca Amelia la campanilla. Entra Eugenia y retira el servicio.

INSPECTOR. El interrogatorio sigue su curso. *(Se frota las manos)*. Está de lo más interesante.

EULALIA. Tenemos diez minutos exactos.

INSPECTOR. Son suficientes para descubrir a un culpable.

EULALIA. Se lo agradezco. Dentro de nueve minutos y medio jugaremos canasta.

INSPECTOR. No juego canasta.

AMELIA. Es asombroso.

EULALIA. Entonces no la jugaremos. *(Se sienta)*.

INSPECTOR. *(Paseándose)*. ¿Les gusta mucho la canasta?

AMELIA. Nos fascina.

EULALIA. Es un juego donde se sientan cuatro personas, una frente a otra, y no hablan ni media palabra.

AMELIA. Se cogen cartoncitos.

EULALIA. Se tiran cartoncitos.

AMELIA. *(Con agitación)*. Se cogen cartoncitos.

EULALIA. *(Con agitación creciente)*. Se tiran cartoncitos.

AMELIA. *(Con agitación creciente)*. Fuman los que fuman.

EULALIA. *(Con frenesí)*. Los que no fuman no fuman.

AMELIA. *(Con frenesí)*. Todos respiran, respiran, respiran...

EULALIA. *(Con ahogo final)*. Respiranrespiranrespiranrespiran...

AMELIA. ¿No le parece fascinante?

INSPECTOR. Prefiero el dominó.

AMELIA. *(Despreciativa)*. El dominó es muy matemático.

EULALIA. Cuando Fernando era joven jugaba al dominó con los amigos. En la trastienda cada domingo. Después, ya no jugó más. ¿Pero sabe una cosa, Inspector? El dominó tenía su tarjetica en «la noche de los recuerdos».

AMELIA. Cuando salía era un horror. Temíamos oír la descripción completa de una partida. Hasta los chistes y los nombretes que le ponen a las fichas. Nunca entendí lo del «blanquizal de Jaruco». ¿Qué blanquizal era ese? ¿Y en Jaruco? Jamás supe que hubiera un blanquizal por allí.

INSPECTOR. Señora Eulalia, ¿dijo en una trastienda?

EULALIA. Creo que sí.

INSPECTOR. ¿Y de quién era la trastienda?

EULALIA. De la tienda.

INSPECTOR. ¿Y la tienda?

EULALIA. De Fernando. Pero la vendió unos días antes de morir.

INSPECTOR. Vaya, vaya... Días antes de morir. ¿La tienda estaba asegurada?

EULALIA. No recuerdo.

INSPECTOR. Trate de recordar.

EULALIA. ¡No puedo! Tengo la cabeza en blanco.

INSPECTOR. ¿Lo sabe usted?

AMELIA. La tienda no se vendió. Eso no es cierto.

INSPECTOR. ¿Cómo?

AMELIA. Cogió candela.

EULALIA. ¿Por qué eres tan mentirosa?

AMELIA. Sabes bien que cogió candela.

EULALIA. Que no y que no.

AMELIA. ¡Salían por las puertas llamas así de grandes!

EULALIA. No le crea, señor Inspector. Quiere atormentarme.

INSPECTOR. Cállese, señora Eulalia.

AMELIA. Yo no quiero atormentarte. No sé por qué lo dices.

EULALIA. Lo has hecho siempre.

AMELIA. Digo la verdad. Cogió candela.

EULALIA. ¡Basta! Me erizo toda. Cuando hablas de candela me erizo.

INSPECTOR. ¿Y cuándo cogió candela?

EULALIA. ¿Usted también? Es una confabulación. Ambos me atormentan. Crueles. Sueño todas las noches con candela. Alguien entra en mi cuarto, riega mi cuerpo con alcohol y ¡zas!, me tira un fósforo. Muero quemada como un chicharrón.

INSPECTOR. Prefiero hacer el interrogatorio por separado. (*A Amelia*). La llamaré en su momento. Buenos días. (*Se inclina*).

AMELIA. Esperaré a que me llame. Hasta luego. Cogió candela. (*Sale*).

EULALIA. Me odia, señor Inspector. Yo soy más bella y Fernando se casó conmigo. (*Se abanica*). A él también lo odiaba. No podía tolerar sus cosas ni sus gustos. ¿Se fijó en el modo en que se expresó del dominó?

INSPECTOR. ¿Su hermana es solterona?

EULALIA. (*Inesperadamente ríe*). Me encanta, Inspector. Repítame la pregunta. ¡Se lo suplico!

INSPECTOR. ¿Su hermana es solterona?

EULALIA. Si ella lo oyera... Prométame hacerle la pregunta delante de mí. Si me lo promete, se lo diré todo. (*Ríe maliciosa*).

INSPECTOR. Prometido.

EULALIA. ¡Usted es admirable! El inspector perfecto. Ella tuvo un novio hace tiempo. Nunca se casaron. Una noche muy oscura y lloviznosa, él se despidió como de costumbre. «Hasta mañana», dijo. Se puso el

sombrero y se fue. ¡No volvió nunca más! ¡La tierra se lo tragó enterito, con sombrero y todo! (*Ríe. Se ahoga. Saca un pulverizador y se lo aplica*). No puedo cometer excesos.

INSPECTOR. Me doy cuenta. (*Se detiene*). Habrá sufrido mucho. No se pierde un novio así, tragado por la tierra.

EULALIA. Ella hizo lo imposible porque se fuera. Es tan dominante.

INSPECTOR. Entonces, ella y su esposo, ¿no se llevaban?

EULALIA. Fernando era un hombre muy bueno. No odiaba si no lo odiaban.

Decía siempre: «A cada quien lo suyo».

INSPECTOR. (*Confidencial*). ¿Cree usted que Amelia...?

EULALIA. (*Fingida*). No, Inspector. Sería incapaz. No puede con su indolencia.

INSPECTOR. (*Paseándose con el lápiz en la boca*). Y la criada, ¿es de confianza?

EULALIA. Hoy cumple treinta años en esta casa. Nunca sale a la calle los domingos.

INSPECTOR. ¿Dónde duerme?

EULALIA. En la cocina.

INSPECTOR. ¿De pie?

EULALIA. Sobre la tabla de planchar. Quiere conservarse esbelta.

INSPECTOR. ¿La cocina se encuentra al fondo del patio?

EULALIA. Sí, señor. Es una cocina de carbón.

INSPECTOR. ¿No tienen gas en la casa?

EULALIA. El gas es muy peligroso. Un día no podemos abrir las ventanas ¡y nos ahogamos!

INSPECTOR. (*Repentino*). ¿Qué hace ella con esa cámara?

EULALIA. ¿Usted se dio cuenta?

INSPECTOR. No se me escapa nada.

EULALIA. Aficionada a la fotografía. Tiene dos lentes en lugar de dos ojos.

INSPECTOR. Por tanto, retrataría a su difunto esposo.

EULALIA. Nos retrata a todos. Se pasa el día corriéndonos detrás cámara en mano. ¿Sabe lo que se propone?

INSPECTOR. Todavía no.

EULALIA. Se lo voy a decir. He prometido decírselo todo. Y yo cumplo. Se propone comprobar el instante en que nos ponemos viejas.

INSPECTOR. Ah, ahora comprendo. Practica la fotografía científica. He conocido personas —uno conoce a tanta gente— aficionadas a los fonógrafos; ella ¿cómo me dijo que se llamaba? ¿Eugenia? es aficionada a la fotografía. Como diría su hermana, «razonamiento geométrico». Le diré, mi madre se pasaba el día entero delante del fonógrafo.

EULALIA. ¿Una aficionada?

INSPECTOR. No para oírlo, para componerlo. Tenía un alma mecánica.

EULALIA. Indudablemente.

INSPECTOR. ¡Qué interesante! ¿Verdad? La criada y el jardinero... ¿Se llevan?

EULALIA. No les he preguntado.

INSPECTOR. No ponga obstáculos a mi investigación. ¿Acaso se propone despistarme? ¿Es su objetivo? Sepa que mi departamento tiene artes especiales para hacer abrir la boca... La justicia es la justicia. Usted misma lo dijo. Y es así. Soy el Inspector. (*Más tranquilo*). Le pido disculpas. Gajes del oficio. Pero, ¿cómo es posible que ignore el estado de la relación entre la criada y el jardinero?

EULALIA. No me meto en los asuntos de mis criados. Ellos en la cocina, y yo en la sala.

INSPECTOR. (*Sentándose*). Señora Eulalia, viuda de Fernando Ramírez, la justicia tiene su modo propio de actuar. Cada caso, su interrogatorio específico, graduado y perfeccionado. Siempre que la realidad sea un elemento invariable. Un factor constante, como se dice en álgebra. Tenemos veintiocho cuestionarios para las veintiocho posibilidades. Posibilidades o argumentos. Y sobre todo, perspicacia y silencio. ¿Oyó hablar del crimen de Luyanó? ¿Se enteró del chino que apareció descuartizado en el arrecife del Malecón? Señora Eulalia, por un cabello olvidado en una cabina de teléfonos, encontramos al asesino. Dos crímenes y un solo autor. ¿No oyó hablar de la colilla delatora? Señora Eulalia, por una colilla de cigarro, a veces por un palillo de dientes, se descubre al culpable. Un interrogatorio ordenado y preciso es fundamental para nuestro trabajo. En mi libreta de apuntes tiene que estar el culpable. La verdad no está siempre en el fondo de un pozo. Veamos.

EULALIA. (*Lo interrumpe, colocando el abanico sobre la libretica*). ¿Quiere que le enseñe a jugar canasta?

INSPECTOR. Es un juego muy complicado.

EULALIA. Al contrario, es un juego sencillo.

INSPECTOR. No me gustan los juegos de azar.

EULALIA. Al contrario, es un juego de destreza.

INSPECTOR. Dígame, ¿está loca?

EULALIA. Al contrario, estoy cuerda.

INSPECTOR. Al fin sé algo: está cuerda.

EULALIA. Estoy loca. (*Solemne*). Es el minuto de las contradicciones.

Aparece Amelia envuelta en gasa amarilla. Remeda grotescamente, con una mano en alto, un paso de ballet. Música. Se inmoviliza.

AMELIA. ¡Soy la mujer onírica! (*Se va*).

EULALIA. Señor Inspector, deseo confesarle algo.

INSPECTOR. Ábrame su corazón.

EULALIA. Leo a Tácito.

INSPECTOR. Interesante. Narra varios crímenes que se hicieron famosos.

(*Anota*).

EULALIA. ¡Es terrible pensar que Fernando murió antes de conocer lo que le pasará a Nerón!

INSPECTOR. ¿Su esposo también leía?

EULALIA. Leíamos por la noche.

INSPECTOR. ¿Quiénes?

EULALIA. Nosotros.

INSPECTOR. ¿Quiénes?

EULALIA. Mi hermana, Eugenia y yo.

INSPECTOR. ¿La criada también? Usted tiene mucha paciencia.

EULALIA. (*Con intención equívoca*). ¡Sé esperar! ¿Quiere que le cuente lo que leí en Tácito?

INSPECTOR. Todo puede ser importante.

EULALIA. Antes de comenzar, ¿sabe quién fue Nerón?

INSPECTOR. Supongo que lo conozco.

EULALIA. Exacto. Es tan solo un nombre. Escuche. Un día fue Nerón al Circo. Al Circo Romano. Llevaba su esmeralda para protegerse del sol. No se concibe a Nerón sin su esmeralda. Él lo sabía, y llevaba siempre su esmeralda para que lo concibieran. Cuenta Tácito que una vez Nerón salió sin su esmeralda y nadie supo quién era. (*Se levanta*). Ahora caigo. ¿Será Nerón una esmeralda?

INSPECTOR. ¿Qué hacía el jardinero cuando ustedes leían?

EULALIA. Acostarse temprano.

INSPECTOR. ¿Y su esposo disfrutaba la lectura de Tácito?

EULALIA. Le encantaba. Pero cuando Amelia iba, él no asistía.

INSPECTOR. Me doy cuenta.

EULALIA. (*Con insidia disimulada*). Ya se lo dije: odio cordial.

INSPECTOR. (*Sumamente interesado*). Y aparte de lo que ya me ha contado... ¿A qué otra cosa atribuye el disgusto entre ellos?

EULALIA. No dije tanto, Inspector. Usted exagera. Mire, Amelia se encaprichó en que Fernando le recordaba a su novio. No quería mirarlo. ¡En nada se parecían se lo aseguro!

INSPECTOR. Misterios del corazón. (*Anota*).

EULALIA. ¿Continúo...?

INSPECTOR. Bueno.

EULALIA. Un día fue Nerón al Circo. Al Circo Romano. Llevaba su esmeralda para protegerse del sol. Su séquito tomó asiento dispuesto a disfrutar del espectáculo. De pronto el Emperador notó que nada sucedía. El tiempo pasaba. La arena estaba vacía. Entonces Nerón se levantó y gritó: «¡Traigan a la víctima!» Presentose el General de la Guardia Imperial. «Búsqueme una víctima», ordenó Nerón. «Sin una víctima peligra la seguridad del Estado». Y el general contestó: «No existe una víctima en todo el Imperio, César». El tema lo discutimos en nuestra reunión. Las tres nos preguntábamos: «¿Por qué no hay más víctimas?» Eugenia dijo: «La solución es muy simple: Tácito se marchó del Circo porque tenía una cita».

INSPECTOR. (*Interrumpe*). Es mucho más simple. La verdad no está en el fondo de un pozo. No me explico cómo ustedes no dieron con ella. ¡Se habían agotado las víctimas!

EULALIA. Amelia dijo: «El victimario es víctima de la víctima, y la víctima es víctima del victimario. Es un razonamiento geométrico». No dijo nada más. Como Fernando no asistió aquella noche, no pudo hablar.

INSPECTOR. Claro. Asistía Amelia. Y usted, ¿qué dijo?

EULALIA. «El Emperador estaba ciego».

Entra Eugenia con un caldero. Enciende la radio de un golpe. El locutor bosteza y luego dice: «Aquí Radio Cadena Suaritos. Buenos días, queridos radioescuchas. No es lo mismo alto quién vive que quién vive en altos. Así como el llanto se enjuga mejor con ternezas que con pañuelos, así también la cara se enjuga mejor con una toalla de la marca Telva.

«Y ahora una noticia. El asesinato del distinguido comerciante Fernando Ramírez, alias El Primoroso, sigue sin esclarecerse. Los organismos competentes andan tras una pista. ¿La encontrarán? Por ahora, hacemos llegar nuestro más sentido pésame a su desconsolada viuda. Tome café Pílon, el néctar negro de los dioses blancos. Para ustedes la guaracha Los carniceros».

Eugenia canta y baila sin tomar en cuenta a los presentes. Canta de acuerdo con la radio.

EUGENIA. Niño, se va el carnicero
con la masa de ternera,
yo llevo la choquezuela

y el riñón en mi tablero.
coro. *(En la radio)*.
¡Que yo llevo las patitas
del cochino!
¡Que yo llevo la asadera
del cochino!
Pero se va el carnicero,
se va, se va, se va.
Se va el carnicero
y no vuelve más.
EUGENIA. Es carne de masa sola
que la cocinera aprieta;
con ella forma una bola,
y con un hilo sujeta,
la tira en la cacerola:
eso se llama pulpeta.
coro. *(En la radio)*.
¡Que yo llevo las patitas
del cochino!
¡Que yo llevo la asadera
del cochino!

Eulalia apaga el radio bruscamente. Amelia entra hasta el centro de la escena y se detiene de pronto. Gran expectación. Trae al cuello un largo collar de perlas.

AMELIA. ¡Amo al jardinero!

El Inspector y Eulalia se miran asombrados.

EULALIA. ¿Ya se lo dijiste?

AMELIA. Cuando regaba mi rosal me acerqué a él. ¡Qué hermoso es mi rosal! Estaba con el pecho desnudo y los pantalones puestos. Me estremecí ante aquellos pantalones, ¡qué pecho! La llama del amor me abrazaba todo el cuerpo. Búfalos recorrían mi sangre, galopando de los pies a la cabeza, de la cabeza a los pies. Estaba convulsa, fuera y dentro de mí. Me acerqué más y más, y le dije: ¡Ah! ¡Oh! ¡Ah! ¡Oh! ¡Hummm! *(Levanta los brazos. Grita)*. ¡Nadie en el mundo tiene nada que decirse! *(Rompe el collar dramáticamente)*. «Las perlas del collar deshace en chispas». *(Se sienta en el sofá. Silencio)*.

INSPECTOR. Ya que Amelia se encuentra entre nosotros, continuaremos el interrogatorio. (*Las hermanas se miran con entendimiento*). Ella puede conocer algo de la muerte de su cuñado. No omita un detalle.

AMELIA. Ahora estoy tan emocionada.

EULALIA. Hermana, un esfuerquito.

AMELIA. (*Suspirando*). Como quieras.

INSPECTOR. Se lo agradezco. Entre todos tenemos que descubrir al asesino. El crimen no puede quedar impune.

EUGENIA. ¡Así sea!

EULALIA. ¿Usted cree en la existencia del asesino?

INSPECTOR. Sospecho. Es raro, pero lo descifraremos.

AMELIA. Señor Inspector, le contaré todo lo que sé.

EULALIA. (*Interrumpiendo*). Un momento. Recuerde, señor Inspector. Me debe algo.

INSPECTOR. ¿Qué...?

EULALIA. Lo que me prometió. (*Señala a Amelia*). Ella está aquí delante.

INSPECTOR. Cierto. Una deuda. (*Zumbón*). Ya recuerdo, ya. (*Rápido, sonriente, a Amelia*). ¿Es usted solterona?

AMELIA. (*Grita*). ¡Me atormentan! (*A Eulalia*). ¡Tramposa! ¡Lechuza! ¡Tiñosa!

EULALIA. (*Ríe divertida, casi infantil*).

INSPECTOR. Cállese, señorita.

AMELIA. Ese «señorita» es un estilete. Usted también es buena pieza. ¡Conmigo no cuenten!

EULALIA. Chica, no des la nota delante de la visita.

INSPECTOR. Excúseme, por favor. No me figuré que se pondría así...

AMELIA. La tienen cogida conmigo. (*Se sienta*).

EUGENIA. (*Mirándola como un fotógrafo*). ¡Qué foto! Envejeciste veinte años. Te verás monísima. ¿La traigo?

AMELIA. ¡Atrévete!

EUGENIA. Usted se lo pierde.

INSPECTOR. ¿Qué hacía su cuñado habitualmente?

AMELIA. No lo veía hasta la hora del almuerzo. Nunca salía de su cuarto por la mañana.

INSPECTOR. (*A Eulalia*). ¿Qué hacía su esposo?

EULALIA. Se acostaba y se levantaba, comía y digería, se paraba y se sentaba, jugábamos canasta y dejábamos de jugar.

INSPECTOR. ¿Ninguna otra cosa?

EULALIA. Soy estricta, Inspector. No tengo otro modo de decirle lo que hacía mi marido. Un día exclamó: «¡Estoy cansado!» Y concluyó de vivir.

INSPECTOR. Ahora resulta que cree que él mismo...

EULALIA. Se acostó. Dejó de levantarse.

INSPECTOR. ¿Últimamente no se levantaba?

EULALIA. Nunca.

AMELIA. Jamás.

EUGENIA. Quiero hablar.

EULALIA. Las criadas a la cocina.

EUGENIA. El tiempo de los bobos se acabó.

EULALIA. No seas atrevida.

AMELIA. Esta noche no comerá.

EULALIA. Morirá de aburrimiento.

AMELIA. ¡Y de hambre!

EUGENIA. (*Al Inspector*). El caballero Fernando no se levantaba de la cama.
El jardinero lo atendía.

EULALIA. ¡Enredadora!

AMELIA. ¡Curandera!

INSPECTOR. Así que el jardinero... Su esposo, ¿tomaba alguna medicina?

EULALIA. Leche.

AMELIA. Estaba enfermo de úlcera.

EUGENIA. Una úlcera así de grande.

INSPECTOR. Pero dígame, ¿no tomaba nada especial, algún medicamento,
gotas?

AMELIA. Querida hermana, Fernando tomaba unas goticas.

EULALIA. A veces. Pero él se negaba. No le agradaban las medicinas.

INSPECTOR. (*Amenazador*). ¿Quién le daba esas gotas?

EULALIA. (*Con decisión repentina*). ¡Yo!

INSPECTOR. No trate de ocultarme nada, señora. Hace un momento la criada dijo que el jardinero lo atendía. Usted no la desmintió.

EULALIA. Nunca tomo en consideración lo que dice una criada.

AMELIA. Bueno, Inspector, el jardinero...

EULALIA. Se llevaban a las mil maravillas. A Fernando le encantaba conversar con él de flores, sobre las siembras, las semillas...

EUGENIA. El jardinero es tartamudo.

EULALIA. Amelia solía darle también las gotas.

INSPECTOR. ¡Imposible!

AMELIA. Tengo dos manos y él tenía una boca que se abría y se cerraba.

INSPECTOR. Ella me confesó que no se trataban. ¿Cómo iba a entrar en su cuarto para darle unas gotas?

AMELIA. ¡Eulalia! ¿Dijiste que no soportaba a tu marido?

EULALIA. No tanto. Acá es muy imaginativo.

INSPECTOR. Un visionario. Hay más: usted misma dijo que no veía a su cuñado hasta la hora del almuerzo.

EUGENIA. Señora Eulalia, ¡se quemaron los frijoles! (*Sale*).

EULALIA. ¡Ay, Amelia! Perdí mi brazo. ¡Ay, mi brazo! ¿Dónde, dónde está? Mi brazo derecho. No podré lucir la pulsera de topacios, mi anillo de brillantes. No podré verme mis cinco dedos cuando esté aburrida. (*Llorosa y angustiada*). ¡Amelia, hermanita, ayúdame a buscarlo! ¡Ayúdame! (*Busca por la saleta, detrás del sofá, detrás del Inspector*).

AMELIA. ¡No puedo! ¡Sufre! Lo estamos perdiendo todo. Regalaré tus topacios a Eugenia y me quedaré con el anillo. ¡Si pudiera! ¡Si pudiera ayudarte, hermanita! Pero no veo nada. ¡Se me cayeron los párpados!

EULALIA. ¡Ya lo encontré!

AMELIA. (*Extiende los brazos como una ciega*). ¡Todo es negro!

EULALIA. ¡Estamos perdidas!

AMELIA. (*Caminando*). ¡Todo es negro!

EULALIA. Es el minuto de la desesperanza.

AMELIA. (*Grita*). ¡Todo es negro!

Eulalia la toma del brazo y la guía. Amelia coloca sus dedos en los ojos y se levanta los párpados. Al salir tropiezan con Eugenia. Viste un traje elegante y trae un libro.

EUGENIA. ¡No estoy para interrogatorios!

INSPECTOR. ¡Basta! ¡Soy el Inspector!

EUGENIA. (*Hojea su libro. Saca unos espejuelos y los limpia*). En esta casa no hay nada que inspeccionar.

INSPECTOR. Hay inspectores porque siempre hay algo que inspeccionar.

EUGENIA. Me atormenta con sus sofismas. Nunca hay nada que inspeccionar.

INSPECTOR. Se ha cometido un crimen y usted lo sabe. El dueño de la casa apareció muerto en circunstancias sospechosas. El médico que practicó la autopsia. ¿Es su día libre? ¿O la botaron?

EUGENIA. Dejé de ser la criada hace cinco minutos. Lo soy de siete a doce del día. (*El locutor dice en la radio: «Las doce y cinco minutos»*). El Inspector consulta su reloj de bolsillo). Y no sé nada.

INSPECTOR. Le voy a demostrar que soy un ser racional. Un inspector que no inspecciona, no es un inspector. ¿Qué cosa es entonces?

EUGENIA. (*Imita a Amelia*). Señor Inspector, eso es asunto suyo. (*Solemne*). Quien es un ser racional hace uso de su razón. (*Como la criada*). La casa está hipotecada.

INSPECTOR. ¡Dato importante! Redondea. Dígame quién la hipotecó.
EUGENIA. Lo ignoro, amigo mío. ¿Me dejará usted leer a Tácito?
INSPECTOR. ¡Usted también!
EUGENIA. Soy igualita.
INSPECTOR. Por tanto, y de acuerdo con su noticia, la cuestión monetaria anda mal por aquí.
EUGENIA. Usted, amigo mío, es muy... suspicaz. (*Cierra el libro con estruendo. Lo tira al suelo*).
INSPECTOR. Si una familia hipoteca, falta dinero.
EUGENIA. Aquí sobra.
INSPECTOR. (*Se aprieta la cabeza de repente*). ¡No entiendo!
EUGENIA. Apártese, que explota.
INSPECTOR. (*Reponiéndose*). Si uno hipoteca...
EUGENIA. Amigo mío, Fernando Ramírez tenía un seguro de vida. Todas tenemos un seguro de vida. Y todas iremos muriendo.
INSPECTOR. Tengo una corazonada.
EUGENIA. Había que hacer algo ante tanta seguridad. ¡Hipotecaron!
INSPECTOR. ¿Quién cobraría el seguro a su muerte?
EUGENIA. ¿A la mía...?
INSPECTOR. No, a la de Fernando.
EUGENIA. No se puede conversar con usted. ¡Solo interroga! Averígüelo. Para eso es el Inspector.
INSPECTOR. Nadie detiene a la justicia. No hay poder humano ni sobrehumano... Ningún crimen se puede ocultar en la tierra. Hipoteca..., seguro de vida... (*Eugenia se sienta disgustada en el sofá*). Le pido disculpas. No puedo atenderla ahora. Voy a sumirme en mis datos, como otros en el sueño. El culpable aparecerá.

Se sienta en una silla. Comienza a revisar sus anotaciones. Amelia y Eulalia entran y se sientan en el sofá junto a Eugenia.

AMELIA. Estoy creciendo para abajo.
EULALIA. Todos estamos creciendo para abajo.
EUGENIA. Vivir es crecer para abajo.
EULALIA. Tengo hambre y sed. (*Mece su cuerpo*).
AMELIA. Mírame, Eulalia.
EULALIA. (*Se detiene y la mira*). Tienes una mosca en la nariz.
AMELIA. Veo mi cara reflejada en la tuya. Eugenia, por favor, mírala.
EUGENIA. Veo mi cara reflejada en la tuya.

EULALIA. Te veo una mosca en la nariz. (*Se mece*).
EUGENIA. En esta casa hay muchas moscas. (*Se mece*).
AMELIA. Hemos comenzado a pudrirnos.
EUGENIA. Eulalia, ¿dónde está tu cara?
EULALIA. Quizá se me quedó en el espejo.
AMELIA. El jardinero es tan hermoso.
EUGENIA. Para él no pasa el tiempo.
EULALIA. En cambio nosotras estamos perdidas.
EUGENIA. Están poniendo rejas a la casa.
AMELIA. Ayer me descubrí otra arruga en el ojo izquierdo.
EULALIA. Estás muy bien.
EUGENIA. ¡Envejeciendo!
EULALIA. Vieja y pelleja.
AMELIA. El jardinero no envejecerá.
EULALIA. Para nosotros la vida no retoña.
EUGENIA. ¿Será feliz el jardinero?
AMELIA. La belleza es algo más que la belleza.
EULALIA. Es la ausencia.

Silencio.

EUGENIA. (*Levantándose*). He descubierto mi cadena. (*Camina como quien lleva una cadena de la cintura al suelo. A semejanza de la cola de un vestido, la arregla de cuando en cuando*). Sí, no cabe duda, estoy sujeta a una cadena. ¿Podría rebelarme contra ella? Es posible. Pero yo prefiero aceptarla. (*Al público*). ¡Todos ustedes están sujetos a una cadena! ¡Confíésenlo! De nada vale tener una cadena y ocultarlo. Acéptenla o rebélense. Pero tienen una cadena. ¡Miren la mía! (*La señala, la toma en sus manos, tira de ella como si se le hubiera enganchado de algo, la acaricia, camina*). ¡Qué larga! Puedo moverme, desayunar y acostarme a dormir tranquilamente. ¡Hoy cociné con mi cadena! ¿Podré retratarla? ¿Podré algún día comérmela? ¿Me moriré con ella? ¿Me la pondrían en la caja? Mi abuela se murió con su cadena, y mi madre y la madre de mi abuela. (*Se detiene. Grita*). ¿Quién tiene el otro extremo de mi cadena?

EULALIA. (*A un lado*). ¡Fernando Ramírez, viejo hipócrita!

AMELIA. (*Al centro*). ¡Fernando Ramírez, viejo déspota!

EUGENIA. (*Al otro lado*). ¡Fernando Ramírez, derrochaste nuestro dinero!

AMELIA. ¡Canallón!

EUGENIA. ¡Llegó tu hora!

EULALIA. ¡Con la boca llena de hormigas!

Vuelven al sofá.

AMELIA. *(Con la entonación de las letanías católicas)*. La vida es la vida y nada más.

EULALIA. *(Con la entonación del miserere nobis)*. Todo es definitivo.

AMELIA. La realidad es la realidad.

EULALIA. Todo es definitivo.

AMELIA. El amor es el amor.

eugenia y eulalia. *(A coro)*. Todo es definitivo.

AMELIA. La vergüenza es la vergüenza.

eugenia y eulalia. *(A coro)*. Todo es definitivo.

AMELIA. La muerte es la muerte.

eugenia y eulalia. *(A coro)*. Todo es definitivo.

AMELIA. El hombre es el hombre.

eugenia y eulalia. *(A coro)*. Todo es definitivo.

AMELIA. *(Con entonación más rápida)*. Santa Noria.

eugenia y eulalia. *(Con la entonación del ora pro nobis)*. Siempre se cumple.

AMELIA. Santo Turbión.

eugenia y eulalia. Siempre se cumple.

AMELIA. Santa Caída.

eugenia y eulalia. Siempre se cumple.

AMELIA. Santa Repetición.

eugenia y eulalia. Siempre se cumple.

AMELIA. Santa Pugna.

eugenia y eulalia. Siempre se cumple.

amelia, eugenia y eulalia. *(Se levantan al mismo tiempo y exclaman)*. ¡El acabóse! *(Se sientan. Silencio)*.

INSPECTOR. *(Hojeando sus apuntes. Parte de su parlamento, hasta «el marido no estaba enfermo» se dirá simultáneamente con las letanías)*. Gotas... Es sorda... Cogió candela... La casa será suya... No puedo dormir... ¿Cómo se cocinan los frijoles?... Hay un seguro de vida... El café es de ayer... Estamos perdidas... El gusto es mío... Hay un muerto en la casa... *(Deja de leer)*. El marido no estaba enfermo. Pero sí estaba. Primeramente no estaba y después estaba. ¿Úlcera, no? *(La escena se ilumina profusamente. Parece que el Inspector ha descubierto al culpable. El radio emite un zumbido estridente)*. Amelia no se trataba

con el cuñado... ¡El quid de la cosa! (*Tacha algo y se guarda decidido la libreta. Se dirige resueltamente hacia Amelia*). Esto se acaba. El culpable está a punto de aparecer. ¿Qué clase de gotas tomaba su cuñado?

AMELIA. ¡Preguntas y preguntas! Así terminaremos comprometiéndonos. No se puede hablar tanto sin meter la pata. Acepte los hechos.

INSPECTOR. Acepto el hecho de que en esta casa se ha cometido un asesinato. Busco al culpable. Es mi deber. El culpable debe ser castigado. Pero acepto otro hecho, pese a lo que me dijo su hermana, el hecho de que usted también le daba las gotas. ¿Qué gotas eran esas?

AMELIA. Nunca lo supe.

INSPECTOR. El médico tuvo que darle instrucciones. ¿Cuáles?

AMELIA. Nunca vi al médico. Son insoportables. Cuando me miran, pienso que están descubriéndome una enfermedad a cada minuto.

INSPECTOR. Si no fue el médico, alguien la enseñó a darle las gotas. Dígame quién.

AMELIA. Mi hermana Eulalia.

INSPECTOR. ¿Usted lo sabía?

EULALIA. El médico me enseñó.

INSPECTOR. ¿Quién de las tres lo vio primero?

EULALIA. Toqué a la puerta y no respondió. Entonces entré.

EUGENIA. Las puertas no tienen cerradura.

INSPECTOR. Por tanto, nadie puede encerrarse en su cuarto.

AMELIA. Tenemos miedo de morirnos solas.

INSPECTOR. Sin embargo, él se murió solo.

AMELIA. Nadie sabía que se iba a morir.

INSPECTOR. ¿Está usted segura?

AMELIA. Nada oí esa noche.

EUGENIA. Ni yo tampoco.

INSPECTOR. (*Se ha ido transformando en el dueño de la situación*). ¿Y usted, señora Eulalia, tampoco oyó nada esa noche?

EULALIA. No.

INSPECTOR. Claro. Las gotas son silenciosas. Sin embargo, él pudo llamar. Pedir auxilio. Gritar que se moría. Y usted paseaba por el patio. Lo dijo antes. Buscaba aire, pues es asmática. No obstante asegura no haber oído nada. ¡Bien! No importa. El interrogatorio cierra su círculo. (*A Amelia, con firmeza*). ¿Qué le pasaba a usted con su cuñado?

AMELIA. Nunca lo supe.

INSPECTOR. (*Va hacia ella para confundir a Eulalia*). ¿Que nunca lo supo? Yo lo sé, amiga mía. No trate de ocultar que lo odiaba porque le recordaba a su novio. (*Con sorna*). ¡Al novio que la dejó plantada! Pero,

para mayor gravedad, conocía la dosis de las gotas y se las daba. ¿No le parece contradictorio? Además, poseo el informe del médico forense. El resultado de la autopsia. ¿Qué demuestra? Fernando Ramírez murió envenenado por su propia medicina. Se le dio una dosis mayor y quedó. Le reservaba esa sorpresa. Ya ve. Todo no es tan aburrido. Y ahora se pondrá mejor. (*Exclama y se da en la frente como quien comprende algo de pronto*). ¡He dado en el blanco! ¡Eso es! (*Se encara con Eulalia*). ¿Le gusta la ginebra?

EULALIA. A veces tomo un poquito.

INSPECTOR. ¿Bebió anoche?

EULALIA. Un vaso de agua antes de acostarme.

INSPECTOR. Es bueno tomar agua. Aligera la sangre.

Amelia y Eugenia se apartan turbadas y miedosas.

EULALIA. (*Tratando de defenderse*). ¿Y usted qué toma, Inspector?

INSPECTOR. (*En voz alta*). ¡Leche!

Eulalia se levanta de un salto, aterrada.

INSPECTOR. Yo también estoy enfermo de úlcera. Si mi mujer quisiera, podría matarme aumentando simplemente la dosis durante varios días. (*Silencio expectante. El Inspector le da la espalda. Volviéndose hacia Eulalia rápido, la apunta con el índice*). ¡Usted lo asesinó!

Eulalia coloca en la cabeza del Inspector un cartucho grande en forma de mitra color violeta. Amelia, remedando grotescamente un paso de ballet, se para junto a él. Música de fanfarria. Eulalia ocupa su lugar en el grupo. Eugenia se adelanta con una cámara fotográfica de paño negro, un aparato de luz de magnesio y los retrata. Fogonazo y deflagración.

La Habana, 1957.

ÍNDICE

| | |
|-----------------------------|-----|
| El caso se investiga | 7 |
| La zona cero | 31 |
| Todos los domingos | 83 |
| Los siete contra Tebas | 121 |
| Las tres partes del criollo | 167 |

